



Trabajo académico desbocado

Humberto Muñoz García

Campus Milenio Núm 309 [2009-02-19]

La política de deshomologación salarial sustentada en sistemas de remuneración al desempeño tiene casi un cuarto de siglo de estar operando. Durante este tiempo se ha transformado la naturaleza del trabajo académico, las relaciones que tenemos profesores e investigadores con nosotros mismos y con las instituciones.

Es tiempo de hablar y escribir sobre nuestro trabajo, porque hemos perdido control sobre lo que hacemos. Los sistemas de evaluación son los que marcan nuestra actividad. Llevamos a cabo, preferentemente, lo que da puntos. Que nosotros los académicos contemos como parte de una maquinaria burocrática que justifica su existencia con base en los dictámenes que emitimos en los cuerpos colegiados. Es tiempo de reflexionar en lo que queremos y tenemos que hacer para cambiar el modo de nuestro trabajo y hacer que la academia avance.

Voy a mencionar algunas cosas que ocurren. Los mecanismos de evaluación ponderan a la investigación como la actividad más importante. El énfasis está puesto en sus resultados, vertidos en publicaciones. La cantidad de publicaciones indica la "productividad" del académico. La evaluación obliga a publicar a individuos e instituciones.

Publicar un libro es algo que se ha vuelto muy caro. Las instituciones en las cuales trabajamos, y con las cuales estamos obligados a publicar, no cuentan con dinero suficiente para dar salida a todo lo que se produce. Cuando se termina un trabajo y se entrega para publicar, el académico entra en una cola. La publicación de su libro puede durar años.

En este caso, los resultados pierden oportunidad, no son de interés cuando salen a la luz. Son un ejercicio con el cual avanza el conocimiento de una materia, pero no sirven para tomar decisiones. La realidad va más de prisa. Conocer para decidir se queda en meras palabras. El conocimiento producido no tiene el impacto social buscado. La publicación académica se destina principalmente a otros académicos, a pequeños grupos de expertos en un tema. Para cumplir con los criterios de evaluación, publicamos lo que muy pocos leen. Ni quienes integran una comisión dictaminadora alcanzan a leer todo lo que contiene un expediente. En algunos sitios ya se califica por computadora. La calidad y trascendencia quedan de lado.

Cuando el académico termina su investigación, entra a la cola o sale a ofrecer su trabajo por fuera, a negociar coediciones. Las editoriales comerciales de prestigio no se arriesgan a producir mil ejemplares de un libro cuya edición se agota, si acaso, en un tiempo largo. Publican si hay coedición de por medio, dinero institucional que minimice al máximo los riesgos. Publicar también depende de conexiones. La distribución, aparte, es mala. Las instituciones de educación superior publican y tienen en el almacén una cantidad considerable de libros.

La presión por publicar es tanta que, me consta, hay académicos que han establecido su propio sello editorial. Se organizan, llevan su trabajo a una imprenta y cada uno paga lo correspondiente a su texto. A la hora de la evaluación pueden mostrar que tienen publicaciones. La inversión vale la pena para mantener la beca, aunque los critiquen por no haber aparecido en una editorial de prestigio. Hay que publicar aunque sean versiones distintas de un mismo texto. Dividir una obra en varias partes o juntar varias partes en una obra. Simular.

En algunos campos, las revistas están saturadas o no dan entrada por razones particularistas. Su número es insuficiente. No hay un mercado abierto, por así decir. De ahí que la mayor parte de lo que se escribe en ciencias sociales y humanidades aparezca como capítulos de libros compilados. En este caso, la publicación es por convocatoria.

Los criterios de evaluación se aplican a los académicos consolidados y a los jóvenes. A quienes acaban de terminar su doctorado les exigen haber publicado para entrar a la academia. Un requisito difícil de cubrir por haber estado dedicados a terminar su tesis. Tienen que hacer un post-doc. Después de un año, lo más probable es que sigan en las mismas condiciones, sin haber publicado, sin garantía de ingreso para trabajar en una institución educativa. Se enfrentan a la búsqueda de opciones laborales, a trabajar por contratos de corto plazo en la docencia, con muy bajos ingresos, o en puestos fuera de la academia.

El trabajo académico, hoy, está pensado para realizarse en el corto plazo. No hay maduración de los productos. La evaluación es por periodos. El pasado se borra y las trayectorias no cuentan. Tampoco el ciclo vital de los académicos, a pesar de que se sabe que la "productividad" desciende con la edad. La forma como realizamos nuestro trabajo sí produce estrés y angustia.

El sistema de premios al desempeño es perverso. En este régimen ser evaluador se revierte contra la

persona, porque hacer evaluación no cuenta, es tiempo desperdiciado. Y eso se castiga. Hay muchas dificultades ahora para que los académicos reconocidos acepten integrarse a una comisión evaluadora. Hemos tomado conciencia de que la evaluación del desempeño sólo sirve para determinar nuestros ingresos. De que los académicos nos hemos vuelto los verdugos de nuestros colegas. Publicar por publicar desboca el trabajo académico. Y, con todo respeto, esto no puede seguir así. Todos perdemos.

Instituto de Investigaciones Económicas
Seminario de Educación Superior
TEL: 56230100 ext 42397, FAX: 56230118
webmaster@ses.unam.mx



El malestar de los académicos

Humberto Muñoz García

Campus Milenio Núm 311 [2009-03-05]

Ojo, mucho ojo con los académicos. Comienzan a manifestarse síntomas de inconformidad. Con las condiciones laborales y salariales, con su representación en los cuerpos colegiados y en la toma de decisiones sobre su trabajo, con la seguridad social de que disponen, pensiones y jubilaciones. Huelgas en la Universidad de York, Canadá; movilización de académicos y estudiantes en Francia.

En México, el malestar de los académicos no es resultado de la coyuntura recesiva. No. Es resultado de varios lustros de aplicar una política para la educación superior que acota y controla el trabajo por la vía de premios y castigos. Las contradicciones de dicha política comienzan a manifestarse.

Al igual que en otros países, aquí hay insatisfacción con la falta de transparencia en los dictámenes, malestar con los mecanismos de contratación, promoción y permanencia en el trabajo, con la evaluación para el pago por méritos o tortibonos, como se dice en varias universidades públicas.

He aquí que en la UAM se ha creado un sindicato de académicos. He aquí que el sindicato de académicos de El Colegio de México paró por una hora las actividades el 16 de febrero. He aquí que seis de cada diez académicos en el país dijo estar en desacuerdo con la idea de que hay buena comunicación entre ellos y las autoridades administrativas.

Pues no la puede haber. Hay quienes en el gobierno y en las instituciones educativas suponen que los académicos tenemos condiciones de privilegio, que hacemos poco, que no son rentables los resultados del trabajo, sobre todo en el campo de la cultura.

Nos colocaron en un régimen de desconfianza y nuestros argumentos sobre el valor de lo que hacemos han sido ignorados. El académico mexicano no labora suficiente -dicen las burocracias oficiales-, aun cuando la encuesta internacional de académicos indica que hemos aumentado el tiempo de trabajo por semana y que trabajamos en promedio por encima de las cuarenta horas.

Hemos soportado que nos llamen flojos y muchas cosas. Lo hemos tenido que hacer porque la mayor parte de nuestros ingresos provienen de becas que nos pueden quitar en cualquier momento. Hemos estado sujetos a un régimen laboral que introdujo el trabajo a destajo, la maquila científica, que rompió el trabajo colectivo (un texto firmado por dos vale la mitad por ese simple hecho). Un régimen que ha roto la artesanía intelectual (Mills), la maduración, la paciencia.

La introducción de la lógica del mercado dio un vuelco a los valores del trabajo académico. De la solidaridad y la colaboración se pasó a la eficiencia, la pertinencia y la eficacia. Al incremento de la productividad del trabajo, a la competencia individual, que es ficticia. La competencia de un académico se asocia a las condiciones que ofrece la institución a la cual está adscrito. De ello depende lograr buenos resultados en el trabajo, publicar o perecer, sobrevivir, como se ha ilustrado empíricamente.

El sistema basado en el desempeño cambió la representación que los académicos tienen de sí mismos. Nos fragmentó y colocó como trabajadores necesitados, subordinados, obedientes a lo que nos exigen los instrumentos de evaluación. Nos convirtió en personas que andan pidiendo constancias que justifiquen su quehacer, negociando dictámenes para conseguir que alguien patrocine la publicación de su obra. El régimen laboral nos ha hecho perder honorabilidad y autoestima. Sí, también hay investigaciones que demuestran el alto nivel de estrés que tienen los académicos y las enfermedades que sufren.

Hemos perdido identidad y sentido de pertenencia al grupo de académicos y a instituciones, que se han debilitado por la operación de reglas externas para calificarnos. Dejaremos como herencia a las nuevas generaciones que el fin de una carrera académica no son las contribuciones intelectuales a la sociedad, sino llegar a los más altos puestos de las jerarquías que hoy nos dividen.

Para ello, decía una joven investigadora, hay que cuidar y dividir el tiempo de trabajo según los puntos que dé una determinada actividad académica, orientar el intelecto a trabajar en aquello que permita subir más aprisa, a producir aquello que sea publicable. Los jóvenes han aceptado, sin remedio, las reglas que ha impuesto la competencia, pero a medida que se consolidan como académicos llegan, igualmente, a la conclusión de que en el camino signado por la evaluación al desempeño es más difícil avanzar. Hay estudios que demuestran la poca movilidad entre los niveles académicos en el SNI.

La fragmentación en clases y subclases de académicos, la inconsistencia de estatus, el individualismo, vivir de las becas al desempeño, nos hizo políticamente conformistas y nos dejó sin condiciones para hablar y actuar, para defendernos y defender nuestras instituciones. Pero esta situación, toda, nos está permitiendo cuestionar el régimen de trabajo que se nos ha impuesto y buscar caminos que pongan al académico en una figura más acorde a las circunstancias de la universidad en este momento histórico de México.



Reflexiones sobre el trabajo académico

Humberto Muñoz García

Campus Milenio Núm 313 [2009-03-19]

La universidad es una institución que está en tránsito, que cambia permanentemente. En la historia reciente de México, pasó por una etapa en la cual tuvo relaciones de mutua conveniencia con el gobierno. Fue en el tiempo de la sustitución de importaciones, de la movilidad social, del crecimiento de las clases medias y de los licenciados.

Llegó después a una etapa en la cual el gobierno supervisó su trabajo, instalando organismos y mecanismos de planeación y, después, de evaluación. En los recientes lustros se ajustó a lógicas de mercado, de competencia por recursos.

En los tiempos que corren, la transición podría basarse en un planteamiento propio que la reorganice para hacer frente a los retos de la educación superior y a las demandas crecientes que la sociedad le dirige. Volverse una universidad que reflexione sobre sí misma en su relación con la sociedad; una institución abierta, con fuerza y responsabilidad para orientar el desarrollo social.

En una institución cambiante, el trabajo que realizan los académicos no puede permanecer haciéndose de la misma forma. El trabajo académico es resultado de las transformaciones universitarias y un apoyo para la transformación de la universidad. Por lo pronto, el sistema de pago al desempeño, tal y como se entiende hasta ahora, basado en la productividad, en puntos, debe modificarse. Hay que darle un nuevo orden al trabajo académico, porque se va a requerir que los procesos de producción, transmisión y difusión del conocimiento tengan más impacto en la sociedad; que favorezcan el enriquecimiento material y cultural de los mexicanos con una ciencia mejor hecha.

El trabajo académico, los proyectos y sus resultados, se orientan por los objetivos de la universidad y sus vínculos con la sociedad. Los académicos merecen que se les fortalezca como grupo para que su trabajo influya directamente en los planes y programas de la institución, para ganar pertinencia.

La producción y el desarrollo de la ciencia y la tecnología en la universidad dependen de cómo se realiza el trabajo académico. Las cosas funcionan mejor cuando está sustentado en la confianza, en una ética institucional de la academia que no pone al costo-beneficio como el único criterio para dirigirlo. El trabajo académico rinde más como esfuerzo colectivo. La construcción de equipos y enfoques multi e interdisciplinarios es fundamental para resolver cuestiones complejas de la sociedad. Como a la ciencia, al trabajo académico hay que dotarlo de fluidez para que pueda alcanzar los efectos buscados.

El trabajo académico se realiza bien si desaparece la incertidumbre de la remuneración. A los académicos hay que pagarles salarios dignos para que puedan cumplir del todo con su trabajo. Supone que la evaluación no sea un medio para remunerar, sino que tenga como fin reconocer los méritos de un académico, sus logros. Para dotarlo de prestigio, lo que todos perseguimos. La evaluación sirve si se utiliza para consolidar a las comunidades que dan sentido a las instituciones. Si se utiliza para aprender a superarse y no para castigar.

El académico y su trabajo van a enfrentar serios desafíos en el corto plazo, que provienen del aumento de las expectativas de educación superior, del cambio en la composición del alumnado debido a las demandas de reciclaje de la fuerza de trabajo en activo, de una enseñanza y una investigación apoyadas en los sistemas de información y comunicación ya existentes, de asegurar la calidad para que los estudiantes tengan más oportunidades de vida, de los estímulos a la cultura y la formación ciudadana. Todos estos elementos hacen indispensable dar inicio a una reflexión de fondo sobre el trabajo académico, ante una sociedad que ha tenido un crecimiento económico minúsculo, con necesidades sociales urgentes.

El trabajo académico a futuro requiere ubicarse en un medio en el cual se favorezca la cohesión, la estabilidad institucional y la autonomía en las relaciones comunitarias en el interior de la universidad, en instituciones con capacidad de estimular que sus académicos tengan identidad y sentido de pertenencia con la institución en la cual trabajan, con su área de conocimiento y con el hecho de ser académico. Afirmar la identidad brinda coherencia y continuidad a las prácticas académicas.

Son muchas las cosas que es menester llevar a cabo para que el trabajo académico responda mejor a la universidad y a la sociedad. Ciertamente, se requieren análisis en cada institución para revisar las condiciones laborales y académicas de profesores e investigadores; redefinir los sistemas de evaluación del trabajo, haciéndolos más simples y menos superficiales; promover la actualización de los académicos, que es una actividad que obstaculiza el sistema de puntos; incentivar la movilidad interinstitucional. Que cada institución cuente con una mejor organización del trabajo académico para dividir el tiempo y las tareas, a fin de que la diversificación del trabajo, según las funciones sustantivas de las universidades, cuente positivamente.

El cambio de propósitos de las universidades para adecuarse a las condiciones actuales de su entorno es el contexto en el que ocurrirán las transformaciones que maximicen el impacto social del trabajo académico. Por ello, es imperativo adoptar una postura reflexiva sobre la conducción política de la universidad.

Instituto de Investigaciones Económicas
Seminario de Educación Superior
TEL: 56230100 ext 42397, FAX: 56230118
webmaster@ses.unam.mx



Problemática de los académicos

Humberto Muñoz García

Campus Milenio Núm 315 [2009-04-02]

Hay toda una problemática en torno de los académicos. Debido a una serie de circunstancias institucionales, y a demandas sociales emergentes, enfrentamos la necesidad de reconstruir el perfil de las figuras y las trayectorias en nuestro trabajo. Asimismo, tenemos condiciones laborales y remuneraciones inadecuadas que traban el buen desempeño. Dificultades para vincular la investigación y la docencia. También, para elevar nuestras capacidades, de manera que podamos educar con nuevas tecnologías, acceder a la información para enseñar sus implicaciones y darle un manejo adecuado a la producción y la distribución del conocimiento para que tengan impacto social y disciplinario.

Otro ángulo de la problemática es que no se puede continuar manejando las instituciones por el cumplimiento de indicadores. Y esto toca a las relaciones entre los académicos y quienes administran las universidades. Se trata, en una vertiente, de modificar el control sobre el trabajo académico, que ha sido desplazado de las manos de profesores e investigadores. Sería bueno que las autoridades hicieran nuevos acuerdos con los académicos sobre su trabajo. Se espera un aumento en la demanda y en las presiones de grupos de interés por el conocimiento producido en las instituciones educativas que cambiarán el comportamiento de los académicos. En estos tiempos, es indispensable definir cómo articulamos el trabajo intelectual y cómo diseminamos los resultados de la investigación.

Como en todo, por otra parte, los sentimientos y las creencias cuentan para hacer el trabajo. Me decía una investigadora muy prestigiada que hay enojo porque no tenemos dónde manifestar el enojo que sentimos por las formas de evaluación. Y agregó que las élites académicas son las que están poniendo en duda la calificación al desempeño. Mientras, nos movemos en condiciones que nos obligan a emplear la creatividad para salir adelante en nuestras tareas, y para comunicarle a las nuevas generaciones de académicos que no hagan su trabajo con la preocupación de juntar puntos.

Con lo expresado, como marco de referencia, y para pensar en un nuevo perfil, es bueno decir quiénes somos. Los académicos somos los portadores del conocimiento científico. Somos los soportes de la ciencia porque la producimos, la enseñamos y la hacemos circular. En las universidades ocupamos posiciones y desde cada una de ellas entramos en relación con otros actores de la vida académica, dándole significado a nuestro trabajo. Los académicos generamos cultura.

Los académicos somos los actores y agentes que construimos las instituciones donde trabajamos. En ellas, y por las tradiciones que perpetúan la academia, mantenemos y acumulamos conocimiento, el cual al distribuirse se vuelve un factor ligado a la riqueza y al bienestar social. Somos quienes reflexionamos sobre nuestras prácticas y metodologías, quienes debatimos de manera racional y ordenada los problemas sociales.

¿Cuáles son los rasgos más generales de este grupo social? Para indicarlos, las fuentes no son muchas y los datos son pocos. La última información disponible (ciclo 2006-2007) señala que en las instituciones de educación superior hay 263 mil 945 profesores e investigadores. (ANUIES). Seis de cada diez académicos trabajamos en instituciones públicas, lo cual muestra la enorme importancia del sector privado en la conformación de este grupo. El crecimiento más importante de todo el conjunto se dio entre 1980 y 1999. La planta aumentó 2.6 veces, lo que contrasta con las 2.15 de la matrícula estudiantil.

La mayoría de la planta (dos de cada tres aproximadamente) se compone por académicos a quienes se les contrata por horas. Para el ciclo referido, los de tiempo completo representábamos 27.5 por ciento del total. En los últimos años el crecimiento absoluto de los académicos de carrera ha sido pequeño, en comparación con el pasado. La mitad de los tiempos completos se concentraba en seis entidades federativas: DF, Jalisco, México, Nuevo León, Puebla y Veracruz. Los profesores en el doctorado éramos un tercio de la planta de tiempo completo. Los miembros del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) constituíamos 18.5 por ciento de los académicos de tiempo completo.

La reflexión y la información nos dejan con varias cosas. La necesidad de aumentar y distribuir territorialmente mejor a los profesores de carrera. Académicos con una posición regular desarrollan una vinculación más estrecha con la universidad. Se necesita invertir en la creación de plazas, en función de las metas de cobertura, para incorporar a jóvenes doctores que desean ser académicos.

El SNI ha sido crucial para que exista y se desarrolle la ciencia en México. Hay que construir una política salarial para que los académicos del país tengan ingresos dignos según las categorías y niveles que ocupen.

En suma, gestar un modelo educativo que tenga varios propósitos: orientar los cambios del perfil del académico, estimular una cultura de colaboración y trabajo en equipo, aumentar la disposición para cubrir un mayor rango de actividades, quitarle lo perverso a la evaluación y buscar que el conocimiento desde la academia tenga más impacto social. A futuro, las instituciones serán vistas según las posibilidades que

abran a sus académicos para que tengan un mejor desempeño en su trabajo.

La problemática da para mucho más. Por ahora, trato, apenas, de que empecemos a discutir de nuevo.

Instituto de Investigaciones Económicas
Seminario de Educación Superior
TEL: 56230100 ext 42397, FAX: 56230118
webmaster@ses.unam.mx



Los académicos: ¿conformistas, viejos, enfermos y pobres?

Humberto Muñoz García

Campus Milenio Núm 317 [2009-04-23]

Uno se hace preguntas a diario sobre lo que investiga. Trata de responderlas. Reviso trabajos que acaban de salir, consulto fuentes hemerográficas, internet y documentos oficiales con estadísticas, en este caso sobre la comunidad de académicos. Afino mis ideas y en diálogo con mis colegas recojo críticas y experiencias. Ahora comparto al lector algunos puntos sobre este grupo que pueden ser de su interés.

Ya he dicho en este suplemento que la esfera laboral es recurrente en la trama de los académicos. Han aparecido encuestas realizadas, en varias universidades y centros académicos, que ilustran que hay un buen grado de satisfacción con el trabajo que hacemos. ¿Qué nos tiene satisfechos? Una respuesta es que nos gusta mucho lo que hacemos. El gusto por la actividad intelectual nos compromete con nuestro quehacer.

Ser académico exige un alto nivel de preparación. Obtenerlo toma periodos muy largos, en algunos casos en el extranjero. Después de comenzar a investigar, consolidarse toma tiempo. Producir conocimiento original y hacer que los jóvenes se formen es una función social de primer orden. Y siendo nuestra preparación tan elevada y nuestra tarea tan delicada, no se remuneran adecuadamente. Las promociones de categoría y nivel en los tabuladores de las universidades no producen cambios sustanciales en los ingresos. Hay estudios que muestran que existe pérdida en el poder adquisitivo de los académicos.

La carrera académica ha sido trastocada. Los académicos de tiempo completo conseguimos sobrevivir ganando becas al desempeño, desde hace un cuarto de siglo. A los profesores de asignatura se les da un pago ridículo, y son la mayoría. No se puede seguir redondeando los ingresos con un sistema de evaluación que ya se agotó. Necesitamos plazas para nuevos cuadros. La falta de renovación, académicos mal pagados y mal evaluados dan malas universidades.

Los académicos tenemos la esperanza de que las cosas cambien en nuestras universidades. Pero administraciones van y vienen y no consiguen hacer transformaciones de fondo que nos permitan producir conocimiento original vinculado al consumo social del mismo. Ni se corrigen errores ni malos rumbos. En estas circunstancias, las generaciones que vienen no comenzarán sus tareas en un medio más proclive a la academia y a los tiempos que corren en el quehacer científico y en la realidad social. Lo cual significará más atrasos en la estructura educativa nacional y en el país.

Por otra parte, hay un dato que resalta. Los académicos no tenemos organizaciones desde las cuales podamos manifestar nuestros puntos de vista sobre lo que hacemos. En algunos casos hay colegios de académicos que son muy activos, pero en lo general tengo la impresión de que el individualismo al que orilla el régimen laboral hace que la comunidad adopte una actitud conformista con el cotidiano, los procesos de toma de decisiones y los planes rectorales de desarrollo institucional.

Los académicos mantenemos una actitud paradójica sobre nuestro entorno institucional. Por un lado, nos gustaría que se abran canales de participación y que se nos mantenga informados para intervenir en la toma de decisiones. Por el otro, no participamos porque nos quita un tiempo indispensable para lograr puntos en el trabajo. Algunos pensamos que debería haber más interacción colectiva, digamos en reuniones semestrales o anuales, para examinar nuestra realidad institucional e intercambiar experiencias y resultados de trabajo.

En una encuesta (Sevilla, Galaz y Arcos, 2008) se ejemplifica que la participación de los académicos en procesos institucionales es favorable para darle una mayor capacidad de respuesta a las instituciones, fomentar el liderazgo académico y crear una actitud de corresponsabilidad. La participación informada de los académicos es crucial para evaluar a la administración institucional y para que apoye a la academia.

Finalmente, toco otros temas que están en el debate nacional e internacional sobre los académicos. Uno se refiere al papel tan importante que están jugando nuestras colegas en el mundo académico, a la mejoría que han alcanzado, a pesar de rasgos discriminatorios en el trabajo. Pero resultados de varios estudios ilustran que las académicas, además de su trabajo, dedican un buen número de horas a su actividad doméstica, sustancialmente más que los hombres, aun cuando la pareja sea también un académico. Análisis en varias instituciones del país han dirigido su atención al estrés de los académicos, que en el caso de las mujeres es más acentuado por la oposición casa-trabajo y por la multiplicidad de papeles que juegan en el hogar y la doble jornada.

También, las investigaciones reportan que los académicos mexicanos vivimos una situación de presión psicológica que se vuelve negativa para el trabajo, entre otras razones por su asociación a varias enfermedades: insomnio, cardiopatías, ansiedad, depresión, colitis, entre otras. Muchos de nosotros pensamos que la academia se ha vuelto una profesión de alto riesgo.

Hay que entrarle en serio a cambiar las condiciones en que trabajamos. ¿O nos quedaremos con académicos conformistas, viejos, enfermos y pobres?

Instituto de Investigaciones Económicas
Seminario de Educación Superior
TEL: 56230100 ext 42397, FAX: 56230118
webmaster@ses.unam.mx